# Recuerdos de algunas Presidentas de Chile

Por\_

## ALBERTO EDWARDS

Las costumbres austeras y patriarcales, que fueron el fundamento de la antigua prosperidad de la patria, se han visto reflejadas en el hogar de nuestros mandatarios supremos, desde la época de los primeros y turbulentos ensayos de vida libre, hasta los tiempos que hoy corren.

La sociedad chilena ha sido siempre severa, de una rigidez casi espartana. Muchos hombres eminentes han visto sacrificada su carrera y desconocidos sus méritos, solo porque en la vida privada no han sabido acomodarse a las inflexibles exigencias de un medio social que ha tolerado todo, menos el desórden en las costumbres.

Así han subido en Chile a la primera magistratura hombres de muy diversa índole, enérgicos y dominadores los unos, suaves y conciliadores los otros, pero todos ellos, aún los pocos cuyos hábitos privados han sido mas discutidos, supieron siempre guardar el decoro y el respeto en el santuario del hogar.

El prestigio que nuestra tradicionalista clase dirigente supo conquistarse en el país, desde temprano, no se ha debido sólo a su superior cultura, a su buen sentido práctico, al nacimiento y la fortuna. En su éxito ha tenido mucha parte, la veneración que siempre imponen, una vida virtuosa y regular, un hogar bien constituído, un alto ejemplo de sobriedad y moderación.

Se ha dicho siempre que los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres... Podría aún más, decirse, que las mujeres también hacen indirectamente las leyes, porque éstas son hijas de las costumbres.

Está todavía por escribirse la historia de la influencia política de las mujeres en Chile, probablemente porque a los historiadores ha seducido más lo que brilla, deslumbra y mete ruido, que ese trabajo paciente, silencioso, abnegado, destituído de todo pensamiento de ambición, como ha sido en este país, el de las grandes damas, que han acompañado a nuestros estadistas, en la intimidad del hogar.

Casi no hemos conocido, en esta república tranquila y un tanto sonolienta, el tipo de la presidenta, centro de una corte y de un movimiento político. Aún en aquellas que más interés han tomado por la vida pública, sólo descubrimos, cuando las examinamos de cerca, una sola pasión, un sólo interés, una sola doctrina, el amor de su marido, y cuando algún otro móvillas ha dirigido, su medio de acción, no ha sido otro sino ese mismo amor.

Una Teresa Cabarrús, una madame Roland, fueron y continúan siendo en Chile plantas exóticas.

Un observador superficial que de nosotros sólo conociera las apariencias, y el hecho de ser descendientes de españoles, nos podría creer acaso un pueblo semi-oriental, en que la mujer, excluída de toda dirección superior, se haya confinada en la cocina y en la alcoba.

Profundo error sería aquel... La regularidad espartana de nuestras costumbres, por lo mismo que arrebata a la influen-



Doña Luisa Garmendia de Pinto

cia femenina, la nota del escándalo y de la publicidad, la hace quizás más eficaz, por lo mismo que es más constante, más santa y más íntima.

II

Habríamos deseado presentar ahora, una galería completa de las Presidentas de Chile. Pero la labor ha resultado superior a nuestras fuerzas y al tiempo de que disponíamos. Hemos, pues, debido concretarnos a trazar algunos ligeros bosquejos de algunas de estas grandes damas. Ojalá nos sea posible cumplir más tarde tan interesante galería.

Mucho se ha hablado de nuestra comunidad—de origen y de intereses con la República Argentina,—de los esfuerzos y victorias de ambos pueblos unidos en la época gloriosa de la Independencia. Aquella lucha común tuvo también su influencia especial. Tres de nuestras antiguas Presidentas de la primera época de la República, nacieron al otro lado de los Andes.

Consagraremos, para comenzar, un recuerdo a la bellísima tucumana doña Luisa Garmendia, compañera de la vida del general don Francisco Antonio Pinto, y fundadora de una verdadera dinastía presidencial en Chile.

La familia Garmendia es una de las más ilustres de Tucumán. Todavía existe en aquella ciudad de las flores, la casa solariega de los Garmendia, que las guías muestran hoy a los via como un venerabla recuerdo de los tiempos que fueron.

En aquella casa nació el célebre estadista ergentino don Bernardo Monteagudo, secretario del General San Martín, cuyas exaltadas doctrinas políticas y sociales, lo hicieron tan temible en la época de la Independencia. Monteagudo era hijo de una mulata, esclava de los Garmendia y de un oidor español, que, nombrado para servir en la Audiencia de Charcas, se detuvo una temporada en Tucumán.

La madre de doña Luisa Garmendia, de apellido Iturralde, fué casada en primeras nupcias con un señor de las Muñecas. Je quien tuvo dos hijos, ilustres campeones ambos de la Independencia americana. Fué el primero el célebre clérigo don Ildefonso de las Muñecas, autor del primer grito de rebelión lanzado en el Alto Perú, en contra de la dominación de España. El clérigo Muñecas, en cuyo honor se ha bautizado una de las provincias de la República de Bolivia, murió mártir de sus convicciones: el general Pezuela lo hizo fusilar a orillas del Desaguadero en 1816. Un hermano de este patriota, don Juan Manuel de las Muñecas, prestó asimismo valiosos servicios en el campo de batalla, en pro de la independencia argentino.

El ilustre militar chileno don Francisco Antonio Pinto, conoció a la que debía ser su esposa, en Tucumán, donde había sido destacado como coronel del Ejército de Belgrano.

La bellísima ciudad tropical de la República Argentina, ha sido en todo tiempo una tierra fecunda para el amor. País de naranjos, de flores y de suaves brisas, que convida al ensueño.

La señorita Luisa Garmendia, era de una belleza espléndida de criolla; ojos negros, profundos, en que parecían brillar todas las magnificencias de su tierra natal... Añádase a esto el encanto del admirable óvalo de su rostro y el donaire de su talle delicado y elegantísimo, y se comprenderá que aquella mujer debió ser en su tiempo un tipo perfecto, de esas fascinadoras hermosu-

ras que son uno de los más preciados prestigios de \a América española. Aún en sus últimos retratos, se notan algunos restos de lo que debió ser en la edad florida de su juventud... El que ahora publicamos, perteneciente a la señora Delfina Pinto de Montt, su nieta, nos la muestra en todo el esplendor de sus años juveniles, cuando ocupaba al lado de su marido, el histórico palacio de los antiguos Presidentes de Chile.

En Tucumán nació la mayor de sus hijas, doña Enriqueta Pinto de Búlnes, tamb'én Presidenta de Chile. Otro de sus hijos, don Aníbal Pinto, nacido algunos años después en Santiago, subió también al solio presidencial... La hermosa criolla fué, como ya lo hemos dicho, fundadora de una verdadera dinastía.

No todos fueron triunfos y halagos en la vida de doña Luisa Garmendia. Su marido hubo de correr, como tantos de sus contemporáneos, azarosa vida que cupo en suerte a los fundadores de la Independencia americana. Apenas comenzaba a gozar de los halagos de su reciente matrimonio, cuando aquel brillante militar de refinada cultura y elegantes maneras, tuvo que ir a batirse en el Perú, con los últimos restos de la dominación española, bajo las órdenes de San Martín. En 1823 regresó a Chile, donde se reunió con su esposa, desempeñando primeramente la Intendencia de Coquimbo, después el Ministerio de Gobierno, bajo el Director Freire, y más tarde, en 1827. la Presidencia de la República.

Al subir al primer puesto del país, el general Pinto gozaba de una reputación casi americana. Había leído y meditado mucho. En Inglaterra, donde residió, por los años de 1815, enviado por el Gobierno de Chile, se había empapado en los principios del régimen parlamentario, que quiso implantar sinceramente en su país, desde el primer puesto del Estado. Pero los tiempos no estaban maduros para tan transcendentales reformas: sus contemporáneos no lo comprendieron y Pinto, desengañado y triste, dejó sin resistencia caer de sus manos las riendas del poder, al estallar la revolución de 1829.

La vida de aquel filósofo con espada trancurrió desde entonces en el retiro de un hogar modelo, desde el cual no dejó de influír en la política, como elemento de moderación y de prudencia, durante el memorable decenio de su yerno, el general don Manuel Búlnes.

#### III

Doña Rafaela Bezanilla de Ovalle, nobilísima matrona, tipo ejemplar de las grandes y sencillas damas del viejo Chile, casó con su sobrino don José Tomás Ovalle Bezanilla, Presidente que fué de Chile durante el trágico y transcendental período, en que apareció sobre la República el genio de Portales.

A pesar de ser esta señora el tronco de una numerosa y distinguida descendencia, poco hemos podido averiguar acerca de su vida íntima. Perdió a su marido, cuando éste se encontraba aún en toda la fuerza de la edad. Don José Tomás Ovalle, gran señor de costumbres tranquilas y patriarcales, lanzado en la vida pública más por deber que por convicción, no pudo resistir las azarosas responsabilidades de ese tiempo de hierro, en que un genio superior, modelaba a la República, al impulso de su voluntad poderosa.

A ese mismo grande hombre, debemos una pintura inimitable de la sencilla vida



Doña Manuela Warnes de Prieto

de aquellos tiempos, en una carta dirigida a la señora Bezanilla, a la viuda de su mejor amigo, en contestación a una en que ésta le anunciaba el matrimonio de una de sus hijas. Esa carta, en que se respira el aroma tradicional de nuestra vieja sociedad, es el comentario más viviente que nos queda de lo que debió ser el hogar de doña Rafaela Bezanilla.

No podemos resistir al deseo de reproducir aquella carta:

"Valparaíso, 21 de Julio de 1832.—Señora doña Rafaela Bezanilla.—Santiago.—Mi muy querida comadre:

El gusto que he recibido con la noticia que Ud. se sirve comunicarme, no me era tan inesperado, porque el señor Dios, que es nuestro padre y cuida de sus criaturas, me había revelado que sucedería este enlace. Aunque Dolores merece tanto, su esposo no es menos merecedor: a su carácter moderado, a su juicio y suma honradez, se agrega la circunstancia de ser el hombre que Ud. necesitaba para su casa, porque es trabajador, e inteligente en las faenas del campo; él tomará tanto interés por Quilicura, como si fuera propia, y Ud. descansará de las pensiones que debe ocasionarle su administración. Como estoy seguro de que él ha de mirar a toda la familia como si fuera su padre, y que jamás dará que sentir a Ud. en lo más leve, me atrevo a aconsejarle que no le permita sacar a Dolores de la casa, y, por el contrario, soy de opinión que Ud. se lo prevenga antes de echarse las santas bendiciones; puede decirle que le hace esta súplica, tanto por el amor que tiene a su hija, como porque necesita un hombre que la acompañe.

No me ha dado Ud. menos gusto con la distinción que ha tenido a bien hacerme, confiándome el secreto que le ha exigido el novio; pero ya comencé a faltar a la confianza, porque, como la mujer más débil, no he podido vencerme, y he comunicado a Garfias el secreto, porque hace mucho tiempo le tenía yo escrito confidencialmente sobre él, y hemos hablado muchas veces de este casamiento en los días que está conmigo en ésta. Además, Ud. sabe que es hombre de reserva.

Esteban se equivoca creyendo que sus hermanos ignoran su resolución; yo tendré que confesar a Ud. que, sin comprometer la delicadeza de Ud. ni la de la familia, y mucho menos la de la niña, me resolví a

hablar con Angel cuando estuvo en ésta, sobre el casamiento de Esteban, y quedó muy empeñado en agitarlo. Yo espero que Ud. dispense mi entrometimiento, atendiendo a que el afecto e interés que tengo por Ud. y su familia, sólo pueden haber hecho meterme a casamentero, oficio que he detestado siempre.

Démele Ud. un abrazo a Dolores, y digale que desde aquí le echo mi bendición, para que sea tan feliz en su nuevo estado como yo lo deseo. A la Antuca, que cuando vea hacer la barba a su vecino, eche la suya en remojo; que no pierdo las esperanzas de verla desposada con don Manuel Lujan, pues ya que Dios la hizo tan fea, no puede esperar cosa mejor. A mi primo don Borja (1), que se suene los mocos, y que no deje de ejercitar la letra, aunque sea copiando novenas, porque, sin hacerle favor, es de lo mejor que puede verse en mujer; especialmente las letras mayúsculas me han dado envidia.

Vaya, pues, mi comadre querida, dentro de poco, será Ud. abuela. Así pasan los tiempos, y la mejor hermosura desaparece con ellos. Consolémonos con que cuando Ud. esté sentada en su cojin, tomando el polvillo por arrobas y repartiendo los bizcochos a los biznietos, yo iré, afirmándome en mi bastón, a pasarme muchas noches con Ud., y puesto a su lado recordaremos nuestros tiempos, murmuraremos de medio mundo, hablaremos de las misiones y vías sacras, de los camisones almidonados, de manga ancha, que ahora se usan y que no se usarán entonces. Diremos: aquellos zapatos de cabritilla bordados de nuestros tiempos, y que ya no vienen; aquellos atacados: aquellas peinetas grandes, que parecían canastos de dulces en la cabeza: aquellas bolsas de terciopelo y de mostacilla tan lindas, en que se echaban los pañuelos, la caja, las llaves de las cómodas y de los escaparates, y en que podía echarse hasta la sartén de la cocina, etc., etc., y concluiremos diciendo que ya se acabó el gusto y que todo lo que viene es malo. Ya me parece, comadre, que nos estamos pasando tan buenos ratos, y que en medio de la conversación me le quedo dormido, y la Luisa y la Jesús mandan que me prendan la linterna para despedirme, porque les he revuelto el estómago con mi tos y lo demás

<sup>(1)</sup> Doña Luisa Ovalle, la menor de las hiias de don José Tomás, que hemos visto desaparecer hace poco, casi octogenaria.

que se sigue, que nuestros padres echaban en el pañuelo y nosotros en la escupidera. Ya me veo averiguando la vida y milagros de todo el mundo, y recogiendo cuentos contra el honor de todos para llevárselos a Ud. a la noche. Me parece que estoy oyendo renegar a la Luisa cuando me oiga el Deogratias, porque tiene que pararse a hacer cebar mate para el perro viejo odioso.

Calcule Ud., comadre mía, el porte de las visitas que le haré, por las que le hacía el año pasado; creo que estaré esperando que se levante Ud. de siesta para colarme a la casa, y que me despediré cuando las niñas, después de haber cabeceado bien en sus asientos, se vayan entrando de una en una a acostarse, y nos dejen solos. Me figuro que los dos nos quedaremos cabeza va y viene, como si nos entusiasmáramos haciendo cortesías, y en una de éstas me sale Ud. preguntando, medio dormida, que si me acuerdo de aquella vieja que parecía choca y que se andaba luciendo con una negra en una buena calesa, y que si recuerdo cómo se llamaba; yo, que he de ser muy torpe y desmemoriado cuando llegue a esa edad me volveré a quedar dormido sin recordar el nombre de doña Berengena, joué porvenir tan halagüeño!

Basta, comadre, de disparates. Me he extendido en ellos porque no quisiera dejar la pluma de la mano cuando me dirijo a Ud., de quien soy apasionado amigo y seguro servidor.—Diego Portales.

### IV

La esposa del arrogante vencedor de Lircay, del primero de nuestros Presidentes decenales, fué argentina, como doña Luisa Garmendia de Pinto.

Doña Manuela Warnes era porteña y pertenecía a una familia "distinguida por su patriotismo y destinada a dar más de un guerrero ilustre a la causa de la independencia sudamericana". El general Prieto la conoció en Buenos Aires, el año de 1811, cuando formó parte de la división auxiliar que, al mando del ilustre Alcázar, fué a combatir en las pampas por la común libertad de estos dos pueblos hermanos.

Parece que la señorita Warnes tuvo más de un admirador, entre los chilenos que formaban aquella expedición. La futura Presidenta supo elegir bien y Prieto "fué el único que supo encontrar en ella una decidida correspondencia, como que a la afabilidad y buen gusto de sus modales, reunía el atractivo de una bella configuración, siendo de estatura bien proporcionada, de ojos hermosos y benévolos, rostro blanco y apacible y distinguiéndose en particular su continente, por lo marcial y donairoso.

Existe en la vida de la esposa del general Prieto, un incidente que merece recordarse. La señora Warnes, fué la primera, entre nuestras grandes damas, que pretendió sublevarse contra el uso del manto en la iglesia.

El conflicto, llamémoslo así, ocurrió por los abos de 1820 o 1821. Don Joaquín Prieto se encontraba en el sur, aprestándose a asestar en las Vegas de Saldías, el último golpe a las montoneras realistas de Benavídes.

Celebrábase, en la ciudad de Santiago, el mes de María, con la solemnidad de costumbre. De pronto, y con el consiguiente escándalo de las muchas devotas allí reunidas, penetró en el templo una hermosa dama, con la cabeza cubierta por un transparente velo de encaje, que disimulaba apenas un amplio escote. Según me ha afirmado su nieto, don Joaquín Prieto, existe en la familia la tradición de que el vestido, causa del incidente, es el mismo con que la señora Warnes aparece en el retrato que acompaña este artículo.

Un fervoroso canónigo de la Catedral, que más tarde había de ser arzobispo electo de Santiago, don José Alejo Eyzaguirre, advertido de un hecho tan inusitado, se acercó a la señora Warnes, pidiéndole que abandonara el templo.

Parece que en el ardor de su celo, el señor Eyzaguirre, dejó escapar de sus labios la expresión de "escandalosa", con referencia a la indumentaria de la señora Warnes.

Se comprende fácilmente la indignación de la altiva dama, esposa del general que en esos mismos momentos, mandaba los ejércitos de la República en la guerra a muerte, provocada por los últimos defensores de la monarquía. Apenas terminada la función, y no un minuto antes, salió del templo para correr al Palacio Dictatorial (hoy Correo) a interponer su queja y a expresar sus agravios, ante don Bernardo O'Higgins, dueño absoluto del país en aquel tiempo.

El Director Supremo hizo suya la causa



Doña Rosario Montt de Montt

de esa hermosa señora, que era la esposa de su amigo predilecto. Minutos después, el capellán presbítero Eyzaguirre era conducido ante la presencia de O'Higgins, acompañado de una escolta, como si fuera reo de Estado.

Siguióse una escena sabrosísima, cuyas incidencias constan menudamente del proceso, que aún existe original, en poder de don Miguel A. Varas. El clérigo Eyzaguirre, puso por testigo a los cuatro evangelistas y a todos los padres de la iglesia, afirmando que al obrar como lo hizo, fué en cumplimiento de los deberes que como a canónigo le incumbían, según las leyes y costumbres de la Iglesia.

Don Bernardo O'Higgins, a lo militar y a lo dictador, no quiso entender nada de esas citas en latín, y sólo escuchó a la agraviada señora que no cesaba de repetir:

Estoy segura de que si mi marido, estuviera en Santiago y no ausente, peleando por la patria, este clérigo no me habría faltado el respeto, llamándome escandalosa.

Por último, O'Higgins ordenó que el celoso preshítero fuera conducido a la cárcel. Entonces el señor Eyzaguirre cometió !a imprudencia de amenazar con excomunión al oficial y soldados de la guardia directorial encargados de cumplir aquella orden.

No fué necesario más para que el señor Eyzaguirre, acusado y condenado por faccioso y revolucionario, saliera desterrado del país, al cual no regresó sino después de la caída de O'Higgins. El Gobierno de Freire lo repuso en sus honores y dignidades. Y, detalle curioso, andando el tiempo, la señora Warnes fué una de sus aristocráticas penitentes.

V

Ninguna dama ha sido más presidenta que la señora Enriqueta Pinto de Búlnes, a la cual, la mayoría de nuestros lectores han conocido, sin duda, en los últimos años de su larga vida.

Para la señora Pinto la casa presidencial fué durante largos años como la suya propia. Su padre, don Francisco Antonio Pinto, fué Presidente, y también lo fueron su marido, el general don Manuel Búlnes, y su hermano, don Aníbal Pinto... Otro de nuestros mandatarios decenales, don Joaquín Prieto, era tío de su marido.

Doña Enriqueta nació en Tucumán, el año 1817, del ya recordado matrimonio de don Francisco Antonio Pinto con doña Luisa Garmendia. El más antiguo de los recuerdos de su infancia, era el de su viaje, a los cuatro años, en brazos de un arriero, cuando en 1821 su madre se tras adó a Chile.

Se ha dicho que su matrimonio con el general Búlnes, es el único que por razón de Estado ha tenido lugar en Chile. El ilustre vencedor de Yungay, uno de los estadistas más campechanos y genuinamente chilenos de que tenemos recuerdos, se reía de esta afirmación a mandíbulas batientes...

—Me casé con Enriqueta porque la quise, decía. Bonito soy yo para casarme por razón de Estado.

El origen de aquella leyenda fué la donosa circunstancia de haber sido el padre de la novia, candidato a la Presidencia de la República, en competencia con el futuro yerno, y que al matrimonio se siguiera más por razones de política que de familia, la fusión de ambas candidaturas.

Cuando don Manuel Búlnes regresó victorioso de la guerra que terminó en Yungay, su tío, el Presidente Prieto, haciéndose intérprete del sentimiento público, le dijo: —El país quiere recompensarte en la forma que tú quieras. Pide pues lo que más te agrade.

Entonces el magnanimo general, que en su tiempo supo ser el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos, pidió como única recompensa, la reincorporación al ejército de los militares caídos en la guerra civil de 1829.

Contábase entre éstos el general don Francisco Antonio Pinto, quien se creyó entonces en el deber de visitar al generoso vencedor de Yungay.

Hasta entonces, Búlnes no había tenido ocasión de conocer a Pinto, a quien juzgaba un revolucionario, un pipiolo fanático, enemigo encarnizado del orden de cosas que él contribuyera a fundar con su espada en el campo de Lircay.

Al tratarlo pudo ver, que el general Pinto era todo menos que eso. Se encontró con un hombre cultísimo, de cortesanos modales, filósofo, instruído, y hasta reconciliado ya entonces sinceramente con el partido pelucón a que Bulnes pertenecía.

El último presidente de los pipiolos, y el bizarro jefe de la caballería pelucona en Lircay, no tardaron en hacerse íntimos amigos. La circunstancia de que los tristes restos del pipiolismo, levantaran en 1841 la candidatura de Pinto, frente a ias de Bulnes y Tocornal, no bastó a enfriar esta noble amistad. Ambos se sentían soldados de una misma causa, esto es, del advenimiento de un gobierno progresista, moderado, conciliador, dentro del órden constitucional y del régimen político existente desde 1830. Las candidaturas de Pinto y de Bulnes representaban pues idénticos ideales, enfrente de la de don Joaquín Tocornal, que parecía encausar la continuación de los tiempos de hierro del peluconismo.

Fué entonces, cuando esa noble alianza, se transformó en un lazo más íntimo. El general Búlnes pidió la mano de la hija mayor de su émulo, la cual por su cultura superior y el agrado de sus modales, era una de las damas más distinguidas de su tiempo.

Don Andrés Bello en su triple calidad de poeta, de sabio y de estadista, fué encargado de formular la demanda de matrimonio.

—Saludo a la vencedora de los vencedores, tales fueron las palabras con que el genial autor del Código Civil, inició el cumplimiento de su encargo.

Aquel matrimonio no pudo celebrarse bajo más felices auspicios. Era la prenda de la reconciliación definitiva del país, del olvido de las pasiones fratricidas que, ensangrentaron los primeros años de la República.

La ilustre dama, elevada al solio de los Presidentes de Chile, y su padre, fueron desde entonces en el nogar de Búlnes, los inspiradores de esa política prudente, sin debilidad, progresista, sin imprudencia, liberal sin populachería, que tan alto ha levantado en la historia, la figura del bizarro vencedor de la Confederación Perú-Boliviana.

Adornamos la portada del presente número, con una reproducción del retrato de doña Enriqueta Pinto de Bulnes, en la época de su matrimonio, pintado por Monvoisin.

VI

Mucho han repetido las malas lenguas, que la soberbia familia patricia de los



Doña Delfina Cruz de Pinto

Montt y Goyeneche, sólo experimentó al principio, un sentimicato de protectora compasión por el pobre primo de provincia, que tan alto debía levantar más tarde el nombre de su familia en Chile.

Esta, sin embargo, no pasa de ser una de las muchas fábulas que se han levantado al rededor de la enérgica y discutida personalidad de don Manuel Montt. De la correspondencia privada que se conserva actualmente en poder de don Benjamín Montt, resulta que desde los tiempos en que el futuro Presidente de Chile, no era sino un humilde inspector del instituto, existían entre él y sus encopetados parientes de Santiago, las más íntimas y cordiales relaciones.

Dura fué la fortuna con don Manuel Montt, en sus primeros años. Su padre completamente arruinado por la revolución de la independencia, murió cuando él todavía era un niño (1817). Un pariente lejano, que era su padrino, don Clemente Pérez, le acogió en la horfandad, proporcionándole una beca en el Instituto Nanacional.

Allí comenzó a darse a conocer el futuro estadista. De alumno del Instituto pasó a inspector, después a maestro y por último a rector. Cuando ocurrió el asesinato de don Diego Portales. desempeñaba un puesto subalterno en el Ministerio. Las circunstancias azarosas. son la piedra de toque de los grandes caracteres: don Manuel Montt fué el alma de las medidas tomadas para conjurar el trágico motín.... Desde entonces subió con rápido paso por el camino de los triunfos y de los honores, que, para la gran parte de los hombres, es también el de las amarguras.

Comenzaba su fortuna oficial cuando se enamoró de su hermosa prima, doña Rosario Montt y Goyeneche, que contaba sólo quince años de edad, cuando él ya había cumplido los treinta. Estos carácteres de hierro, suelen ser tímidos delante de una niña de 15 abriles... El señor don Manuel Montt no se atrevía a declararse. Su futura suegra hubo de allanarle el camino. Comprendió lo que las señoras no saben comprender siempre, esto es que el talento y la virtud, valen más que la fortuna y el brillo de una gran situación... Muy lejos estaría doña Luz Goyeneche de

imaginarse entonces que elevaba a su hija a la Presidencia de Chile, casándola con el primo pobre venido de Petorca.

Tampoco se imaginó, por cierto, la inocente niña, que cuando fué "hablada" se encontraba jugando al volantín en el último patio de su casa, que al lado de ese hombre que iba a ser su esposo le aguardaba una vida de titánicas luchas, y que a su al rededor sentiría por largos años el rugir de furiosas pasiones.

La crónica casera de Santiago, nos pinta a doña Rosario Montt, como inspiradora de medidas enérgicas y violentas, en la época de la Presidencia de su esposo, cuyo carácter era suave, bondadoso, quizás excesivamente benévolo para tan agitados tiempos... Doña Rosario habría sido la principal aliada del impetuoso Varas.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que la esposa de don Manuel Montt, debió ver sacudida su alma de mujer como esposa y como madre... Hoy apenas podemos darnos cuenta lo que fueron los odios políticos de aquel tiempo.

Un día se sabe en palacio que el barbero del Presidente ha sido sobornado para que lo degüelle, y desde entonces don Manuel Montt no tuvo, hasta su muerte, otro barbero que su mujer... Aprendió a afeitarle, y no permitía que ningún extraño la reemplazara en esta ocupación.

Otra vez entra un individuo a la sala del despacho presidencial, con el pretexto de presentar una solicitud... Su aspecto infundió sospechas al edecán. Cogiendo al peticionario le encuentran oculto un puñal... Ese hombre iba a matar al Presidente...

Don Manuel Montt ordenó que el asesino fuera puesto en libertad...

Dejen que se vaya, dijo... debe ser un loco...

Estos rasgos no eran del gusto de doña Rosario, que viendo amenazada la vida de su marido, a quien amaba con delirio, no podía comprender tales contemporizaciones...

—Fusílalos, Manuel, decía... De otra manera acabarán por matarte a tí...

Y don Manuel no fusilaba a nadie.

En cierta ocasión se supo en la Moneda que los revolucionarios pensaban poner al frente de sus filas a tres de los hijos del Presidente, don Pedro, don Luis y don Daniel, que se educaban en el Instituto, para impedir que las tropas del Gobierno dispararan sobre ellos.

—Sepan los revolucionarios, dijo don Manuel Montt, como en otro tiempo Guzmán el Bueno, que cualquiera cosa que hagan, las tropas y yo cumpliremos con nuestro deber.

Ya se comprende cómo se exaltarían, bajo tales circunstancias, los afectos de una esposa y de una madre.

Cuando con ocasión del destierro del arzobispo Valdivieso, llegaron a su colmo las pasiones políticas y religiosas, la señora Montt hubo de ocultar a sus hijos como una leona oculta a sus cachorros, al lanzarse a la pelea.

#### VII

Por los años de 1854, doña Delfina Cruz, hija única del general don José María de la Cruz, era la más preciada joya de la orgullosa sociedad de Concepción... La llamaban "la princesa del Sur", acaso por ser hija del popular caudillo de la revolución aristocrática y militar que encontró su tumba en Loncomilla.

El que fué su esposo y más tarde Presidente de Chile, don Aníbal Pinto, era uno de esos hombres a quienes hay que casar, como se dice vulgarmente. Su carácter excesivamente serio y maduro, no era adecuado para galanteos y pretensiones amorosas.

Así su boda tuvo algunos perfiles políticos y de razón de Estado. El padre de don Aníbal, don Francisco Antonio Pinto y su yerno don Manuel Bulnes, pensaron que el matrimonio de la princesita del sur, con una persona ligada a la familia del vencedor de Loncomilla, contribuiría acaso a la reconciliación de Santiago con Concepción.

El futuro Presidente de Chile, acababa de llegar entonces de Europa, rodeado de la aureola de uno de los más brillantes partidos, en la juventud del país. Sin decirle una palabra, le enviaron a Concepción.

Desde que llegó a la opulenta metrópoli del Bío-Bío, la chismografía social, le destinó como novio de la hija del general Cruz, aún antes de que ámbos jóvenes se conocieran... Ya se daba como hecho el matrimonio cuando una noche, la princesita, dijo en el teatro a una de sus amigas...

—; Mira! Dime cuál es el jóven que dicen que es mi novio.

La declaración de don Aníbal Pinto fué tan a la indirecta, que si hubiera sido hecha por otro jóven, menos serio y reconcentrado, la niña no lo habría tomado como tal.

Dicen que don Aníbal, después de pelar una naranja, pasó la mitad a la señorita Ana, diciéndole:

-Sea Ud. mi media naranja.

Y sin más ni mas se casaron-

Benditos tiempos aquéllos!

La princesa del sur fué en la Moneda, presidenta muy presidenta. Es cierto que no intervenía en negocio de estado, salvo cuando se trataba de empeñarse por los desgraciados que pedían un empleo, cosa que debió ser muy común en esos tiempos de aguda crisis económica.

Tampoco transigía da señora Delfina, con ciertas costumbres algo orientales, que han subsistido en Chile hasta nuestros tiempos... En su concepto la mujer del Presidente, era Presidenta, y así no consentía, por ejemplo, que su marido pasara, por ejemplo, revista el 19 de Septiembre, sino en su compañía y en el mismo coche...

El recuerdo de las virtudes y sobre todo de la inagotable benevolencia y caridad para todos los que sufrían, que fueron la característica de doña Delfina Cruz, le acompañó hasta sus últimos años. Pocas grandes damas de Chile, han dejado al desaparecer un duelo más grave y sincero, que la viuda del Presidente Pinto.

ALBERTO EDWARDS

